

*Rostros y máscaras: personajes y temas de Quevedo. Actas del Seminario celebrado en la Casa de Velázquez (Madrid), 8 y 9 de febrero de 1999*, ed. I. Arellano y J. Canavaggio, Pamplona, Eunsa, 1999, 218 pp.

Desde hace unos años la revista *La Perinola* se ha convertido en referencia fundamental para los estudiosos de Quevedo y los interesados en su figura. La colección de anejos de la revista es un importante conjunto de monografías y actas de congresos en torno a la figura de Quevedo, así como de ediciones críticas de sus obras. Los editores de este quinto anejo son Jean Canavaggio, director de la Casa de Velázquez, e Ignacio Arellano, director de *La Perinola*. Como indica Arellano, el volumen recoge aproximaciones «rigurosas, documentadas y articuladas con precisión, sobre aspectos clave de la obra y el pensamiento de Quevedo que seguirán siempre abiertos a la discusión crítica» (p. 10). Estas actas, preparadas con gran celeridad y esmero (es muy difícil advertir una errata), recogen los trabajos de diez renombrados quevedistas.

Un grupo muy interesante de tres artículos se centra en el pensamiento de Quevedo: sus autores corrigen interpretaciones sesgadas o erróneas de la obra de Quevedo por medio de finos y documentados análisis. Los tres tienen en común una visión más comprensiva e historicista del pensamiento quevediano, que enmarca al autor en su época, sin juzgarlo ni condenarlo anacrónicamente con criterios modernos, como ocurre a veces entre los quevedistas.

Josette Riandière La Roche, en «Problemas de interpretación ideológica en algunos textos de Quevedo», quiere delimitar hasta qué punto Quevedo fue, como se ha dicho, «antisemita» y «racista» o si fue, más precisamente, «antijudío». En otras palabras, le interesa determinar si el antijudaísmo cristiano se justificaba tan solo con «argumentos religiosos» o si tenía, como el antisemitismo moderno, un «componente científico» de tipo biológico (p. 162). Piensa Riandière que el antisemitismo y el racismo modernos no pueden confundirse con el antijudaísmo de época de Quevedo. Un repaso de la concepción de racismo en la época moderna y el análisis de algunos pasajes de *La hora de todos* llevan a Riandière a concluir que Quevedo defiende a los negros e indios americanos, denunciando prácticas que no coinciden «con su conciencia cristiana de justicia social» (p. 189), por lo que el «racismo» de Quevedo es selectivo contra los judíos, lo cual es lógico porque Quevedo defiende a indios y negros con doctrina de la Iglesia y ataca a los judíos con «las acusaciones que aprendió de la Iglesia» (p. 189). Termina su documentada y convincente argumentación la quevedista francesa recordando que el antisemitismo es una idea de finales del XIX que proclama la superioridad de la raza aria

sobre los demás pueblos, que deben someterse a su esclavitud. Esta doctrina no es la de Quevedo, «para quien todos los pueblos [...] son iguales ante Dios» (p. 191).

Alfonso Rey, en «Concepto de nobleza y visión de la guerra en la obra de Quevedo», rastrea los conceptos de nobleza y virtud partiendo de Juvenal, en quien descubre que antepone la virtud sin nobleza a la nobleza sin virtud en un «alegato en favor del mérito personal» (p. 134), idea que comparte Quevedo. Un recorrido por pasajes de la obra quevediana donde se apoya esta idea conduce a Rey a pensar que Quevedo comparte el humanismo cristiano de Erasmo, en el sentido de que la verdadera nobleza no está en el linaje, sino en la virtud. No se trata simplemente de un tópico, sino de una controversia que Quevedo defendió claramente. Hay que tener en cuenta además, recuerda Rey, que Quevedo no fue un Grande, sino un hidalgo que asciende a señor por adquisición de la Torre y cuyo hábito de Santiago no gozaba de encomienda, por lo que el privilegio de sangre no le favorecía especialmente. En ese sentido, Rey rechaza las interpretaciones de la obra de Quevedo en función de su condición de «intelectual orgánico de la aristocracia española», como lo consideraba Molho, o como autor que «asume y propaga la ideología de la clase hegemónica», como quiere Caminero. Frente a ese tipo de estudios propugna, en la línea de Maravall, poner la figura de Quevedo en el marco de su tiempo. En cuanto a la guerra, Rey rompe el tópico de un Quevedo belicista al encontrar indicios de lo contrario en la actitud de Quevedo ante guerras de las que fue testigo: Bélgica, Italia y especialmente las rebeliones de Cataluña y Portugal. Quevedo es, para Rey, consciente de la ventaja de las vías políticas sobre las militares, exalta la paciencia, virtud política, y no se interesa por el arte militar; desconfía de la guerra y, aunque elogia a los héroes, valora más la virtud personal estoica, mostrando lo precario de la gloria en una actitud de desengaño.

Victoriano Roncero López, en «La defensa de la literatura española en la *España defendida*», enmarca esta obra de Quevedo en las corrientes del Humanismo europeo, presentándonos a un Quevedo que no solo «no se halla aislado intelectualmente en la España contrarreformista» (p. 197), sino que conoce lo que se publica en la Europa de su tiempo. La *España defendida*, compuesta entre 1609 y 1613-1614, es un escrito patriótico que intenta demostrar la superioridad de España sobre otros países. Frente a los ataques de quienes consideran a los españoles bárbaros y amantes de la guerra, Quevedo destaca la preponderancia española en las armas y las letras. Su defensa de las letras comienza con los autores hispano-latinos y abarca todos los géneros y disciplinas. Concluye Quevedo, con un patriotismo al que no es ajeno el Humanismo, que la literatura española no conoce parangón ni en la

época moderna ni en el mundo clásico: un elemento más de esta *laus hispaniae* que Roncero dilucida con erudición y autoridad.

Dos estudios se centran en la obra quizá más estudiada de Quevedo, *El Buscón*, arrojando nueva luz sobre cuestiones polémicas del texto picaresco.

Michel Cavillac, en «El *Buscón* y los “Guzmanes”: el personaje de Alonso Ramplón», retoma el viejo tema de las relaciones entre la novela de Mateo Alemán y la de Quevedo. Cavillac propone el influjo sobre el *Buscón* de la segunda parte del *Guzmán de Alfarache*, a pesar de que Jauralde supone la novela de Quevedo terminada en septiembre de 1604 y el *Guzmán* se publicó tres meses más tarde. Cavillac salva el escollo cronológico proponiendo, por un lado, que el *Guzmán* circulaba manuscrito desde 1599-1600 y recordando, por otro, que ya desde Rico se había pensado que las muchas coincidencias entre ambas novelas postulaban una redacción del *Buscón* en 1605. Para ahondar en el tema, analiza minuciosamente el episodio de la confrontación de Pablos con su tío Alonso Ramplón, y lo compara con el regreso de Guzmán a Génova para vengarse del «tío» que le había repudiado en la primera parte. Las muchas coincidencias llevan a Cavillac a defender la influencia directa del *Guzmán* de 1604 sobre el *Buscón*, a retrasar a 1605 la redacción del texto quevediano y a postular que en su génesis debió tener un influjo grande la novela de Alemán, cuyo pícaro parodia Quevedo creando así un «anti-Guzmán».

Por su parte Edmond Cros, en «Quevedo lector del *Buscón*», vuelve sobre el debatido tema de la transmisión textual de la novela. La posición de Lázaro Carreter, en su clásica edición de 1965, es que el texto del manuscrito Bueno (B) refleja la primera redacción, de hacia 1603-1604, pero habría una segunda redacción de hacia 1609-1614. Cros mantiene que el manuscrito Bueno es la segunda redacción, ya que tiene un texto más satisfactorio, y es quizá un apógrafo de letra del amanuense del secretario de Quevedo; esta fue la postura que defendió en 1988 al editar por primera vez el *Buscón* según el texto de B. Frente a la idea de una transmisión compleja en la que los copistas habrían intervenido en el texto, Cros propone señalar variantes no de copista, sino del propio Quevedo, explicables «como el resultado de lector de su propio texto» (p. 78). Es decir, frente a Lázaro y Jauralde, que sostienen que B es un texto anterior aunque valiosísimo, la polémica, según Cros, es saber si B representa o no el texto retocado y quién es el autor de tales retoques: el autor o los copistas. Para contestar, Cros analiza algunas lecturas de B como parte de un sistema («campo morfogenético») que encuentra en el *Buscón*: las prácticas de la Inquisición y del carnaval y la apropiación por parte de la burguesía urbana de tradición del folclore carnavalesco campesino. Dichas lecturas de B solo se pueden entender como

variantes de autor porque la actividad del Quevedo lector-autor «añade» al sistema original y no «suprime».

Otros dos trabajos nos proponen el análisis de un soneto quevediano específico, análisis que no solo esclarece el sentido de dichos sonetos, sino que tiene implicaciones teóricas de más amplio calado.

A Alessandro Martinengo, en «La degradación del mito de Dánae en un soneto burlesco de Quevedo (Blecua, núm. 536)», le interesa demostrar que la pintura barroca conoce, como la poesía, el tratamiento «apicarado» de los temas mitológicos y buscar modelos figurativos que ayuden a entender las alusiones de los textos burlescos. En el soneto quevediano objeto de análisis se anima a Apolo a aflojar la bolsa poniéndole dos *exempla*. El primero, Marte: «en confites gastó Marte la malla / y la espada en pasteles y en azumbres», versos que tendrían como inspiración el famoso «Marte» de Velázquez. El segundo ejemplo, Júpiter y Dánae; Martinengo nos invita a un recorrido por la tradición clásica del mito, interpretado desde la Antigüedad en clave moralista: la joven se deja tentar por dinero y acepta el sexo por codicia. El mito tuvo gran éxito en la tradición pictórica y Martinengo se centra en el cuadro de Ticiano. Ahí vemos una Dánae desnuda en postura sensual junto con una vieja nodriza que recoge la lluvia de oro. Al escribir su soneto, Quevedo adopta la idea de Ticiano del «coprotagonismo» de Dánae y la nodriza, para subrayar lo degradado del conjunto; la nodriza se convierte así en la «dueña estrella» del soneto quevediano, ya que la vieja parece tomar la iniciativa en el sucio negocio. Martinengo se apoya para probar su argumentación, con precisión filológica, en un detalle de la puntuación: en la *princeps* de 1648 el primer terceto enlaza con el segundo con dos puntos, no con un punto, como en las ediciones modernas, estableciendo así un nexo entre las dos figuras: «levantóse las faldas la doncella / por recogerle en lluvia de dinero: / astucia fue de alguna dueña estrella».

José María Pozuelo Yvancos, en «Formas de la invención en la poesía de Quevedo (sobre “Con acorde con cento...”)\», partiendo de la base de que los sonetos de Quevedo se caracterizan por su «enorme trabazón» y por una forma «arquitectónica» de construcción, analiza el soneto 97, del que quiere dar una interpretación diferente a la de González de Salas en el título de la edición príncipe de 1648. Pozuelo piensa que el epígrafe de don Jusepe es, en este caso, muy equivocado y oscurece el sentido del soneto. El análisis de la *inventio* del poema le lleva a concluir que el soneto no «advierte contra el adulador», como quiere González de Salas, sino contra el pecador: «el ruido del pecado ensordece al gusano de la conciencia y lo entrega a labrar, como el gusano de seda su mortaja, la del pecado de la codicia» (p. 130); de esta manera

supera Pozuelo su «insatisfacción ante la propuesta interpretativa de González de Salas, que imagina un adúlador y un poderoso tirano adulado» (p. 123).

Otros trabajos abordan cuestiones variadas sobre la literatura quevediana.

En «Los animales en la poesía de Quevedo» Arellano señala la importancia de los animales como «repertorio de modelos que ejemplifican comportamientos, actitudes o cualidades determinadas» (p. 13). Basando su investigación en libros como el *Fisiologus*, la traducción de la *Historia Natural* de Plinio por Jerónimo de Huerta, libros de emblemas y bestiarios, Arellano esboza una panorámica general que va desde ocurrencias lexicalizadas hasta poemas, como el núm. 700, que son pequeños bestiarios. Su minuciosa sistematización le lleva a concluir que la presencia notable de animales en la poesía de Quevedo procede de la tradición bíblica, patristica o poética y emblemática. El artículo termina con un útil y completo repertorio de menciones de animales en la poesía quevediana (pp. 37-48).

Maxime Chevalier, en «Motejados y personajes. Sátira y novela», continúa sus valiosísimos estudios sobre el arte de Quevedo en su relación con cuentecillos, facecias y otras formas del arte cortesano del motejar, con hitos en la bibliografía quevediana como «Cuentecillos y chistes tradicionales en la obra de Quevedo. Contribución a una historia del conceptismo» (1976) y *Quevedo y su tiempo: la agudeza verbal* (1992). El trabajo reflexiona y reconsidera la relación entre motejar y literatura a la luz de la publicación de los *Coloquios de Palatino y Pinciano*, de Juan Arce de Otálora y del *Libro de los proverbios glosados*, de Sebastián de Horozco. Sostiene Chevalier que la sátira áurea «vive entorpecida bajo el peso de unas personillas convencionales», viejas, dueñas, letrados, cornudos, que la debilitan; en la mente del satírico está la afición al motejar, que lo acerca a la figura de Marcial, cuyos juegos de ingenio ofuscan «la percepción de la censura moral o de la intención didáctica» (p. 72), y aleja a los españoles de Juvenal, por lo que el apego de éstos a la agudeza desvirtúa la inspiración satírica. Quizá habría que puntualizar aquí que Juvenal y Marcial son representantes de dos géneros bien diferenciados en la literatura clásica y en el Siglo de Oro: la sátira y el epigrama satírico, cuya forma y sentido eran muy diversos. Es poco esclarecedor del «confuso» panorama de los géneros satíricos en la época áurea dar una nueva definición (p. 72, nota 10), en vez de estudiar el concepto de sátira que se tenía entonces. Concluye Chevalier con una sugerente hipótesis para explicar el ocaso de la novela en el XVII español: el motejar triunfa en los escritores, salvo en Cervantes, y en las novelas de la época pululan las figuras (letrados, taberneros, médicos, boticarios) y se olvida al personaje novelesco: «así fue

como la novela, creación de los españoles, se les escapó de las manos» (p. 73).

Celsa Carmen García Valdés escribe «Texto e interpretación en Quevedo: algunos opúsculos festivos» basándose en su experiencia como editora de la obra festiva en prosa de Quevedo. Aquí repasa los problemas de edición que plantea este corpus. Solo seis de estas obrillas fueron publicadas en vida de Quevedo: la gran mayoría circularon de forma manuscrita hasta finales del XVIII y en algunos casos hasta la edición de Astrana de 1932; la carencia de autógrafos o de ediciones en vida del autor, resume García Valdés, «repercute en la datación de las obras, en la pluralidad de los títulos que reciben, en el trato e importancia de las variantes, e incluso en la autoría, en casos de dudosa atribución» (p. 87). La autora propone, además, abandonar la ordenación temática de estas obrillas, vigente desde Nicolás Antonio, y ordenarlas cronológicamente, a pesar de las dificultades que esto entraña. García Valdés aporta también correcciones innumerables a lecturas deturpadas de diversos manuscritos, mediante el acarreo de textos paralelos que aclaran el sentido del texto deturpado y avalan la lectura correcta: anotación filológica y ecdótica se complementan así de forma brillante y necesaria. También estudia la autora los casos de versiones o redacciones múltiples de una obra por un proceso de reescritura, para los que ha optado por editar los dos textos (véanse ejemplos en p. 95). Por último, dedica un espacio a tratar los problemas de autoría, agudizados por el hecho de que estas obrillas tienen «una estructura formada por secuencias aditivas, fácilmente desglosables, que permiten su inclusión en otras obras» (p. 102), como es el caso de las *Premáticas de aranceles generales*, incluidas en el *Guzmán*.

Nos encontramos, en definitiva, ante un ramillete escogido de estudios representativos de las preocupaciones y de las direcciones en las que se mueve el quevedismo actual.

Fernando Plata

Quevedo y Villegas, Francisco de, *Obras jocosas*, prólogo de I. Guillén, Madrid, Edimat Libros, 1999, 160 pp.

Esta antología de piezas burlescas en prosa es de dimensión divulgativa. No pretende ofrecer ninguna novedad textual ni presenta notas explicativas, sino los textos de algunas de las obrillas quevedianas entre las que se hallan las *Capitulaciones matrimoniales*, *Premáticas del desengaño contra los poetas hueros*, *Epístolas del Caballero de la Tenaza*, *Libro de todas las cosas...* y alguna otra. El prólogo es de Isabel Guillén Pardo. Dentro de los objetivos y límites de esta publicación no está mal hecha. La introducción es bre-